

Josep María Carandell y su experiencia antiautoritaria

Josep M. Carandell, autor de un estudio sobre Peter Weiss, escritor muy conocido por los lectores de «Tele-Express», acaba de publicar el libro «Las comunas: alternativa a la familia», primer título de la serie «La experiencia antiautoritaria», que aparece en Tusquets Editor. Pese a su brevedad, el librito merece un detallado comentario o, más exactamente, diversos tipos de comentarios.

En primer lugar, el relativo a su escritura. Porque, hasta este libro, los autores españoles que se han enfrentado a la descripción o al análisis de las experiencias antiautoritarias —los cambios radicales de los modos de vida combinados, en general, con la lucha por el cambio en los sistemas de producción, pero sin esperar a que éstos se produzcan para cambiar de vida— han venido utilizando unos peculiares lenguajes. En unos casos, con la pretensión de epatar al eterno autoritario, oculto tras una buena conciencia racionalista, pero quizá también, como consecuencia de una formación cultural no excesivamente sólida, se recurre a un lenguaje desvaído, efectista, de grandes frases y afirmaciones de un simplismo más que sospechoso. En otras ocasiones ocurre el fenómeno contrario. El escritor, como si en el fondo no estuviera muy convencido de la «legitimidad académica» del tema, se siente obligado a arroparlo, mediante un lenguaje superculturalizado y un tratamiento en el que la figura del «Herr Professor» —«equilibrada», «distante»— nunca puede verse comprometida en el tema objeto de análisis. Pues bien, Josep M. Carandell ha demostrado cómo es posible afrontar el tema con precisión, es decir, con método y profundidad, al mismo tiempo que con sencillez y con espontaneidad, sin intentar cubrirse académicamente las espaldas en el intento: «Este libro —dice— no es fruto de una convicción, sino de un problema no aclarado, y sólo ahí se ve que la

objetividad del «informe» es un espejismo».

El segundo punto a comentar sería el sentido mismo del informe de Carandell, pues el libro debe entenderse como el análisis de dos experiencias comunitarias —la K1 y la K2 berlinesas—, análisis cuya mayor utilidad documental es la de servir de base y reflexión para futuras acciones. Nadie debe esperar del libro un estudio teórico sobre la pérdida de funcionalidad de la familia tradicional. Este dato es el punto de partida, no el tema en controversia. Concretamente, el informe tiene un sentido en tanto se ponen fuera de discusión estas dos frases: «La familia ha ido perdiendo durante los últimos siglos y de manera muy acelerada en los últimos decenios su funcionalidad» y «(Los futuros comuneros) habían tomado ya sobradamente conciencia de que al marxismo de seminario correspondía individualmente el aislamiento existencial o, más allá, el cinismo esteticista». Quien siga creyendo en dicha funcionalidad o se sienta existencialmente satisfecho en las vías tradicionales, puede pasarse perfectamente, entre otras, sin la lectura de esta obra.

En tercer lugar, por el propio carácter del libro, parece obligada una matización respecto a la realidad desde la que el lector lee el informe, matización que por motivos obvios el autor no ha hecho, pero que también obviamente se deduce de su lectura. Porque no hay que olvidar que los comuneros alemanes parten, en su experiencia, de dos datos típicos de las democracias occidentales: la ausencia de condiciones subjetivas revolucionarias en la clase obrera, y el reconocimiento de libertades formales públicas. Los comuneros, pues, se plantean una labor de «concienciación», «clarificación» y «desenmascaramiento» de extremos perfectamente claros en otras latitudes más meridionales. También debe tenerse presente que cuando el autor califica de «integradoras» a las comunidades de vida —como los matrimonios colectivos— que no se plantean la comunidad de producción o de proyección política, las califica así den-



Sale esta semana a la calle «Hermano Lobo», «semanario de humor dentro de lo que cabe». En esta publicación se han confabulado los humoristas que a través de periódicos diarios o semanales y libros han conseguido, quizá como nunca en estos últimos años, un auténtico refrendo popular. Publicamos a continuación un texto-manifiesto, firmado con las iniciales de los dibujantes base de «Hermano Lobo».

LOS LOBOS DEL HUMOR

Procedentes de las frías estepas siberianas y por vez primera desde hace más de treinta años, los lobos han hecho su aparición masiva en nuestra Patria. No queremos alarmar a nuestros lectores, pero creemos que es nuestro deber de españoles y por tanto, patriotas, informar de los graves peligros que nos acechan, de los posibles estragos a los

que tendremos que hacer frente. Efectivamente, la cabaña ovina española, a la que todos pertenecemos por derecho de nacimiento corre graves peligros como consecuencia de la inesperada invasión de las hordas extranjeras, especialmente si tenemos en cuenta que vienen disfrazados de célebres humoristas celtibéricos, por lo que es de temer que numerosos lectores se sientan atraídos por su dulce y apacible aspecto.

Para la lucha contra el enemigo creemos oportuno dar unas pequeñas indicaciones que nos permitirán conjurar más fácilmente el grave peligro en que nos encontramos. Para facilitar la comprensión de estas indicaciones, las dividiremos en tres partes: reconocimiento, concienciación y lucha.

El reconocimiento es, lógicamente, la primera tarea que hemos de acometer. Afortunadamente para nosotros y gracias a los cuidados de la sabia Naturaleza, el enemigo resulta muy fácil de reconocer, a pesar de los diferentes disfraces que adopta, debido a su intenso olor a azufre.

La concienciación tampoco debe llevarnos demasiado tiempo, ya que desde pequeños nuestros padres, maestros y gobernantes nos han educado en la lucha contra el enemigo, todo español es por naturaleza un cazador de lobos en potencia.

La lucha propiamente dicha se llevará a cabo de varias maneras, siendo las más aconsejables al ojeo, a la espera y al cebo.

Para la caza al ojeo, los ojeadores producirán el mayor ruido posible, valiéndose de las radios, los televisores y los periódicos para lograr que los lobos, espantados por la algazara producida se dirijan a los parajes donde están los tiradores.

La caza a la espera se realizará de la siguiente manera: se buscarán aquellas veredas que los lobos tengan más frecuentadas y se arrastrará en un trecho por ellas alguna acción de la Telefónica o de la Tabacalera, para que, cuando llegue el lobo y huela el rastro, mientras éste se detiene para reconocerlo, se pueda tirar sobre él con comodidad.

Para la caza al cebo se colocará una codorniz muerta en un lugar descubierto, en noche de luna, y el cazador se emboscará en sitio a propósito a la espera de que aparezca el lobo.

Las antilobos indicaciones no tienen un valor normativo, por lo que todo ciudadano tendrá el derecho y el deber de matar de acuerdo con su propia conciencia tal y como corresponde a un Estado de derecho. Dado que hay menos lobos que españoles aconsejamos que cada cual reserve su ejemplo. ■ S. CH. O. P. F.

tro de un contexto en el que aquellas pueden ser integradas. Pero piénsese en el escándalo y la provocación política que supondrían, pese a su aparente apolitismo, en aquellas otras latitudes.

Cabe insistir, finalmente, en el acierto de Josep M. Carandell al plantear su informe de manera tan amena, pues la descripción de los procesos, en virtud de los cua-

les la K1 y la K2 invierten sus esferas de actuación, es toda una sorpresa para el lector: la comuna que se propone la previa revolución antiautoritaria en las conciencias de sus comuneros es la de mayor extroversión política, mientras que la que se proponía la actuación política inmediata es la de mayor autoanálisis e introspección de sus miembros. Y porque,

muy posiblemente, a través de la obra, el autor recrea su propia experiencia antiautoritaria —«Descubro aún en mí demasiadas dotes para obedecer, lo que se da de coces con mi repugnancia a obedecer»— la obra es una obra viva, al estilo de cierta ensayística anglosajona, difícilmente catalogable. Para mí al menos, otra de sus virtudes. ■ JOSE LUIS GIMENEZ-FRONTIN.